

CAPÍTULO SEGUNDO

GASTON BOUTHOU. LA GUERRA COMO FUNCIÓN SOCIAL

GASTON BOUTHOU. LA GUERRA COMO FUNCIÓN SOCIAL

Por FRANCISCO JAVIER FRANCO SUANZES

Gaston Bouthoul nació en Monastir (Túnez) en 1896 (1), se doctoró en Derecho y Filosofía, fue profesor de la Escuela de Altos Estudios Sociales, Vicepresidente del Instituto Internacional de Sociología, y fundador, en 1954, del Instituto Francés de Polemología. Murió en París en 1980.

Comienza a escribir antes de que se inicie la Segunda Guerra Mundial. Así, en 1932 había publicado "*L'invention y La philosophie d'Ibn Khaldun*", tres años más tarde, en 1935, escribió "*La población del mundo*", obra en la que el escritor advierte sobre el peligro del crecimiento demográfico incontrolado. Sin duda, la Segunda Guerra Mundial va a marcar de forma extraordinaria al escritor francés que desde entonces va a poner todos sus esfuerzos y conocimientos, hasta entonces orientados hacia la sociología en general, para alejar la guerra de la faz de la tierra. Entre 1946 y 1948 escribe "*Cent millions de morts*" y "*Huit mille traités de paix*".

En 1951 escribe una de sus obras más emblemáticas "*Les guerres, elements de polemologie*", editada por Payot y publicada en español por la "Biblioteca del Oficial" del Círculo Militar Argentino con el título de "*Las guerras*". Bouthoul actualiza esta obra en 1970 y la titula "*Traité de polemologie. Sociologie des guerres*", siendo editada nuevamente por la Editorial Payot y traducida al español con el título "*Tratado de polemología (Sociología de las guerras)*", fue publicada por Ediciones Ejército. En realidad esa actualización se limita a añadir un último capítulo a lo publicado

(1) Ciertas publicaciones (Plaza & Janés) fijan la fecha de nacimiento de Bouthoul en 1902 e incluso otras en 1906.

en 1951. Otras obras de interés escritas entre 1950 y 1970 fueron: “*Les Mentalités*” en 1952, “*La Guerre*” en 1953, “*L’Art de la politique*” en 1962, y “*Avoir la paix-Sauver la guerre*” en 1967. Este último título fue publicado en español, en 1970, por la Editorial Plaza & Janés con el título de “*Ganar la paz-Evitar la guerra*”

Más recientemente, en 1976, escribe “*Essais de polémologie*” y “*Le Défi de la guerre (1740-1974): deux siècles de guerres et révolutions*”, esta última obra fue traducida al español y publicada por Colección EDAF Universitaria bajo el título de “*El desafío de la guerra*”. En este libro, escrito conjuntamente con el General René Carrere y la participación del Coronel Jean Louis Annequin, se aprecia, posiblemente por influencia de René Carrere, un cierto giro en relación con la orientación literaria del polemólogo francés hasta ese momento. De hecho desaparecen alguno de los “deslices” antimilitaristas de nuestro autor y la obra se hace menos abstracta, más técnica, y con menor presencia de los condicionantes demográficos. Todavía con posterioridad publica “*Guerres et Civilizations*” en 1980.

Como se puede observar por el título de sus libros, su obsesión y preocupación por el fenómeno de la guerra queda de manifiesto en toda su obra. Esa preocupación le llevará a fundar, en 1945, el Instituto Francés de Polemología. El citado Instituto se crea con la intención de buscar, por medios científicos, las causas de los conflictos bélicos, tratando de eliminar de ese análisis el aspecto mitológico y “sagrado” de la guerra. El proceso sigue un riguroso y profundo estudio que presta una especial consideración a las funciones que, como fenómeno sociológico, cumple el enfrentamiento bélico. Esos estudios se publicarán en la Revista Francesa de Polemología.

Pero antes de entrar en los aspectos más relevantes de la obra de Gaston Bouthoul, que nos ayudará a alumbrar nuevas ideas sobre la prevención y resolución de conflictos, lo primero que al profano le llama la atención es el empleo reiterado de un término inédito: “Polemología”. Si acudimos al diccionario de la lengua comprobaremos que se trata de una palabra inexistente y que, en realidad, es un término de nueva creación del escritor francés.

LA POLEMOLOGÍA

El desarrollo de los últimos conflictos, con sus enormes secuelas de destrucción y sufrimiento, ha propiciado un aumento de las aspiraciones

de paz en todos los estamentos de la sociedad. Sin embargo, y paradójicamente, en esas aspiraciones de paz, el pacifismo tradicional representa un importante obstáculo a la polemología. Sucede que frente a esa corriente social que considera el problema resuelto, Gaston Bouthoul enfrenta la necesidad de elaborar y aplicar métodos científicos al estudio de las guerras, como medio o receta, para luchar por su desaparición.

De nada sirve la política de algunos de esos movimientos pacifistas que intentan, mediante la maldición de la guerra y la proposición de buenos sentimientos, detener o impedir unos conflictos bélicos que no entienden ni de razones, ni de benévolas proposiciones. Sería un intento similar al de querer detener las epidemias mediante discursos y manifestaciones en los que se increpa las maldades de la enfermedad.

En este sentido, para Gaston Bouthoul, la formulación de las principales doctrinas sobre la paz y la guerra resulta sencillamente decepcionante, con independencia del interés que puedan despertar muchos de los juicios que en ellas se enuncian. Sucede que después de tratar de analizar el fenómeno de la guerra, sólo se consigue de los diferentes pensadores opiniones que conducen a maldecirlas o alabarlas. Parece pues ineludible la necesidad de realizar un trabajo mucho más paciente y analítico, sobre los distintos aspectos y mecanismos del fenómeno bélico, lo que debería conducir al entendimiento de las distintas funciones de la guerra y, como consecuencia de ello, a la posibilidad de controlarla y remediarla.

El autor considera que tradicionalmente ha habido resistencia hacia el estudio de las causas que provocan la guerra. Así, al inicio de su larga singladura hacia la paz, Bouthoul se preguntaba ¿cómo era posible que frente a la proliferación de organizaciones de carácter pacifista, no hubiera ni un solo Instituto que, a semejanza de los que hay para tratamientos de enfermedades como el cáncer, se dedicara a la investigación de las causas de los conflictos? Pues acaso ¿no es cierto que la guerra provoca más muertes que las peores epidemias?

Esa resistencia se explica, en parte, por las reticencias de la humanidad a pensar en algo que tenga relación con la guerra tras las calamidades sufridas en un conflicto bélico. Además, según nuestro autor, entrar en el estudio de esas causas era privar a la guerra de su carácter mítico y sagrado. Sin embargo, el fenómeno bélico debe ser tratado como un fenómeno analizable, desmitificable y, aunque para algunos resulte ciertamente utópico, superable.

Las resistencias de las que estamos hablando llegan al terreno semántico. Así, el autor, al designar como “Ciencias de la guerra” la actividad encaminada a abordar las causas de los enfrentamientos humanos, se encontró que esa expresión recordaba exclusivamente a la estrategia, la táctica, y a consideraciones jurídicas o moralizantes. Esta circunstancia provocó la necesidad de inventar un nuevo vocablo que Bouthoul bautizó como: “Polemología”. De esta manera, se designa, sin posibilidad de error, ni confusión, con un sentido preciso e idéntico para todos los hombres, la nueva disciplina. Además, la justificación exacta para emplear esta palabra es clarificada por el polemólogo francés en su obra “El desafío de la guerra”:

Para recalcar que si su finalidad es la paz, considerada como uno de los bienes más frágiles de la ciudad (polis), el punto de aplicación de su estudio es la guerra, o más ampliamente, el conflicto armado violento (polemos); por último, para distinguirla por la semántica de dos tendencias humanas contrarias el carácter científico (logos) que pretende conservar.

Por ello, independientemente de las bondades y aciertos de las teorías particulares desarrolladas por el polemólogo francés, y aún reconociendo que todavía puede ser prematuro el logro de resultados, hay algo que desde este momento debe serle reconocido: haber sido pionero en una iniciativa que, ya sea de manera directa o indirecta, puede evitar la guerra entre los hombres. Un solo éxito, un único conflicto evitado, habrá merecido la pena.

Es el propio Gaston Bouthoul quien nos dará su definición de la Polemología, a la que considera integrada como un nuevo capítulo de la sociología:

El estudio objetivo y científico de las guerras como fenómeno social susceptible de observación.

El método polemológico a seguir está por desarrollar y la trayectoria a mantener presenta distintas dificultades por los siguientes motivos:

- En primer lugar, tenemos una idea preconcebida de la guerra, creemos conocerla, de forma intuitiva, aún sin haber participado en ella. Está tan arraigada en nuestras mentes que el lector no necesita explicación alguna para tratar de comprender el hecho bélico. Además, pocos fenómenos están tan extendidos, por lo que nos hemos acostumbrado a su existencia y, por ello, es un hecho social que difícilmente causa asombro. De esta manera, puede resultar infructuoso cualquier intento de reflexión y de investigación.

- En segundo lugar, tenemos la percepción de que la guerra es un fenómeno sobre el que podemos decidir, lo que crea falsas expectativas. Se piensa que es una acción voluntaria entre dos Estados soberanos y por ello, tanto su inicio como su final, es producto de una acción meditada, consciente y por eso controlable. No nos damos cuenta, como dice Bouthoul contradiciendo la opinión de Clausewitz, que la guerra *no es un instrumento, sino que somos nosotros los instrumentos de la guerra.*
- En tercer lugar, está lo que el escritor francés denomina el “Ilusionismo jurídico”, que nos haría concebir la esperanza de controlar el conflicto mediante la adecuada normativa internacional. En este sentido, no se trata de negar el papel de freno o límite que impone el Derecho Internacional en el desarrollo de la guerra, sino que resulta ilusorio pensar que, mediante normas jurídicas, la sociedad pueda hacer frente y eliminar un fenómeno que nuestro autor califica de “patológico”.

Pero, a pesar de esos obstáculos, el estudio científico y objetivo de la guerra no admite demoras. El poder de destrucción, la capacidad de movilización y, en definitiva, la posibilidad del hombre de hacer la guerra total, exige el adoptar medidas para contar con una nueva oportunidad.

Nunca fue más urgente la constitución de una ciencia de las guerras. Hoy es ciertamente “el problema número uno”. Sin grandilocuencia, podemos afirmar que de su solución depende la suerte de la humanidad, por la simple razón técnica de que hoy los medios destructores de hombres y de cosas han sobrepasado bruscamente nuestras posibilidades creadoras y destructoras. Las guerras de Napoleón no destruyeron ni una sola ciudad ni dieron lugar a que hubiera poblaciones hambrientas. La de 1914 devastó algunas provincias. Pero la de 1940 asoló y arruinó un continente, Europa, por completo..... Sin la rápida creación de una Polemología, todas las demás ciencias corren el peligro de llegar a ser superfluas.

El camino seguido por nuestro autor se basa en el estudio de los conflictos del pasado y de ellos analiza: su naturaleza y morfología, la época en que se produjeron, el lugar, la periodicidad, la intensidad etc. Ese análisis de la guerra no sólo repara en las causas eventuales o superficiales que inician el conflicto, sino que también estudia los motivos coyunturales y las razones estructurales —demo-económicas, geográficas, psicológicas, etc.— que son las que engendran la agresividad colectiva.

LA GUERRA

Si analizamos las diferentes definiciones del fenómeno guerra o estudiamos las distintas tesis de los pensadores que han reflexionado sobre ella, comprobaremos la disparidad de criterios que provoca esta manifestación de violencia secular. Así, desde los “apologistas”, que encuentran en la guerra una gran variedad de argumentos a su favor, hasta “los negadores”, que las rechazan sin atisbo de comprensión o justificación, encontraremos toda una gama de opiniones que demuestran, precisamente, lo engañoso que resulta la pretensión de juzgarla.

Ante esa diversidad, y la confusión que se puede crear frente a conceptos similares como guerra, lucha, conflicto etc., que se emplean indistintamente tanto en la obra de Bouthoul como en el presente trabajo, es necesario tratar de fijar el marco de referencia del concepto de guerra que establece nuestro autor. Según su criterio, se trataría de un fenómeno que abarca las siguientes características: tiene un carácter colectivo y de lucha a mano armada; requiere de un enemigo activo e implica un enfrentamiento recíproco; en la acción bélica y dentro del grupo, se necesita de *ayuda mutua y cooperación*; por último, la guerra es una manifestación de violencia organizada entre grupos que se batan para zanjar una discusión o conflicto.

Para nuestro autor cualquier fenómeno de violencia tiene diferentes niveles donde germinan las causas del conflicto: el nivel de las estructuras —causas estructurales—, el nivel de la coyuntura —causas coyunturales—, y el nivel de los accidentes —causas ocasionales y motivaciones.

Las *causas estructurales* son las más importantes. Inciden sobre las estructuras sociales en las que se fundamenta la estabilidad de la sociedad. Son también las motivaciones más profundas, con mayor permanencia, y las más lejanas, que se arraigan en la historia de los pueblos y se transmiten de generación en generación. Entre esas causas podríamos citar las demográficas, económicas, geográficas, históricas, psicológicas, etc. Como indica el polemólogo francés, es en el nivel de las estructuras donde nace y crece la agresividad colectiva. Cuando las diferentes estructuras no están equilibradas, se crea el germen de los fenómenos de violencia. Así pues, *las modificaciones de sus respectivos equilibrios son las más profundas causas de las impulsiones beligeras*. De la misma manera, la guerra transformará las estructuras política, económica, social, etc, modificando los equilibrios o desequilibrios previos a los inicios bélicos.

Para garantizar la paz es, pues, necesario adoptar las correspondientes medidas preventivas y seguir con detenimiento la evolución de las diferentes estructuras. Para ello es preciso tener en cuenta que, en ese nivel, cuanto más profunda y duradera sea la motivación analizada, menor será su manifestación y, por tanto, los desequilibrios correspondientes serán más difíciles de detectar. Sucede lo contrario cuando nos acercamos al nivel de las *coyunturas* y los *accidentes*, que tienen una mayor visibilidad aunque menor incidencia en las impulsiones beligeras.

En el nivel intermedio, las causas coyunturales son consecuencia de la colisión de intereses y los diferentes encuentros, en sus diferentes formas y expresiones, que se producen entre los grupos humanos, considerando que cada una de esas sociedades busca su propio desarrollo. En esa dinámica resulta imposible la coincidencia de intereses, por lo que de la propia actividad social se inferirán *disparidades, tensiones, intensificación o atenuación de las voluntades de poder y apetencias*.

Las *causas ocasionales y motivaciones*, en el nivel más bajo, son el detonante, el motivo, o la disculpa para dar inicio a los enfrentamientos. Se trataría de situaciones tales como una disputa fronteriza, un asesinato, el ataque o la agresión a fuerzas militares, etc. Es normalmente este nivel de la querrela el que tiene la máxima visibilidad, en él ponen su atención los historiadores, por lo que se enmascaran y ocultan las verdaderas, profundas y larvadas motivaciones de los conflictos. En la causa ocasional se centran las discusiones de carácter político, la búsqueda de justificaciones jurídicas, o la coartada que se presenta a la opinión pública. Difícilmente una querrela, en el "nivel de los accidentes", puede tener algún tipo de repercusión, si los niveles superiores están suficientemente apaciguados.

Del análisis de los 366 conflictos mayores, acaecidos entre 1740 y 1974, realizado por el polemólogo francés para estudiar la conflictividad en el mundo, se desprende la primacía de los motivos estructurales. Por ello, recomienda tratar de profundizar y buscar las razones de la guerra más allá de las causas ocasionales que, como se ha indicado, son muchas veces el motivo visible, en ocasiones provocado, para prender la llama del conflicto. Pero esa búsqueda debe ir también más allá de las causas coyunturales, *que no son más que el terreno y el entorno de la masa explosiva crítica*. Es pues necesario llegar hasta el nivel de las estructuras, ya que será entre las causas estructurales donde encontraremos las verdaderas tensiones, que conducen a engendrar la violencia colectiva. Por eso, para nuestro autor, la polemología:

Va más allá de las causas eventuales, superficiales y accidentales, y de las causas coyunturales, y pretende analizar e interpretar las causas estructurales —demo-económicas, geográficas, mentales.....— que engendran la agresividad colectiva. Completa esta búsqueda de causa con la observación de las funciones de los conflictos violentos.

Para Bouthoul en esa búsqueda profunda de las causas —demográficas, económicas, sociales, geográficas, históricas, etc.— que originan un fenómeno tan complejo como es la guerra, no podemos pensar en motivaciones simples. Esas razones, múltiples en cualquier caso, se hallan en los tres niveles definidos. Algunas pudieran encajarse como racionales, otras, por el fácil influjo contagioso de la muchedumbre, pudieran considerarse como irracionales. De esta manera, y aunque siempre haya algún factor que puede adquirir un mayor protagonismo, toda guerra puede ser al mismo tiempo, y según los casos, política, demográfica, social y económica. Así lo resalta nuestro autor:

La complejidad de un fenómeno histórico, que no puede aislarse de los demás, como un fenómeno físico o incluso biológico, es tal que hay siempre varias causas y varios efectos. Una sola causa no puede producir un fenómeno y un fenómeno produce varios efectos.

Precisamente esta afirmación contradice las teorías unilaterales, que consisten en elegir uno, entre los numerosos motivos de guerra, y promoverlo a la categoría de causa universal. Estas teorías, en boga en determinadas épocas históricas, daban lugar, en cada momento, a los distintos planes de paz que se iban ajustando a los factores dominantes. Sus resultados son suficientemente conocidos.

LOS FACTORES DE IMPULSIÓN BELÍGENA

Ciertamente, en el largo camino de la obra de Bouthoul, desde los análisis polemológicos que realizó en 1951 con su libro “*Las guerras*” y las teorías que desarrolla en épocas más recientes en su obra “*El desafío de las guerras*”, hay una significativa evolución, que en algunos aspectos puede parecer contradictoria. Sólo en última instancia en la actualización que hace en 1970 con el “*Tratado de Polemología*” de su libro de 1951, incluye los diferentes niveles de los que hemos hablado en párrafos precedentes. Así, en el “*Tratado de Polemología*”, al analizar los distintos factores generadores de agresividad, que no sitúa en nivel alguno, sólo trata

en exclusividad los aspectos económicos, demográficos, a los que como veremos les otorga una preponderancia máxima, y los psicológicos.

Según nuestro punto de vista estos aspectos pueden incidir en cualquiera de los niveles analizados, aunque tienen una mayor influencia sobre el nivel de las estructuras, donde verdaderamente se engendra la agresividad colectiva.

El factor económico

Para Gaston Bouthoul, y desde una perspectiva económica, la actividad bélica es, sin duda, una actividad de lujo donde el ser humano se dedica a consumir una serie de productos, de los que previamente se ha aprovisionado y ha acumulado. De esta manera, no parece previsible, ni conveniente, iniciar una guerra sin haberse dotado con anticipación de las correspondientes reservas en hombres, material bélico y aprovisionamientos.

Cuando comienzan las hostilidades se pasa de la fase de acumulación a otra de consumo desenfrenado, lo que nuestro autor califica como *fase virulenta del consumo acelerado de riquezas*.

Por último, para terminar el ciclo, al finalizar la contienda se produce una auténtica modificación de las estructuras económicas, situación que resulta ciertamente comprensible, porque era el propio desequilibrio en ese nivel de las estructuras el que, de alguna manera, había propiciado la generación de la violencia. El resultado, como ya se ha indicado, repercutirá en el nivel de las estructuras (política, económica, demográfica, social...) modificando los equilibrios, o desequilibrios, previos a la guerra. Desde el punto de vista económico se redistribuye el capital; se desplazan las riquezas y se modifican: los mercados, el comercio exterior, las industrias, el gasto público, etc.

En el análisis de las causas económicas de las guerras existen múltiples teorías que otorgan al factor económico una condición de primacía como motivo generador de conflictividad. Esas teorías asignarían a los citados factores económicos la causalidad profunda y verdadera de la guerra. Los otros móviles —sociales, políticos, geográficos...— que parece se sitúan en igualdad de condiciones con los factores económicos, no serían sino factores o razonamientos *engañosos, aparentes, o puramente sugestivos*. De esta manera, y según esa filosofía, para la guerra

existiría una motivación prioritaria y excluyente —la económica—, lo que ciertamente contraviene la opinión del polemólogo francés.

Un argumento a favor de la causalidad económica de las guerras lo tenemos en el mundo animal. El conflicto, tal y como lo hemos definido en párrafos precedentes, no se da entre los animales salvajes que luchan por alimentarse y por la supervivencia, aunque desconocen la guerra. La bestia, en esa actividad, no realiza función económica alguna pues, ni acumula reservas, ni bienes, simplemente trata de vivir al día. *No posee riquezas porque ignora el trabajo productor de economías.*

No ocurre lo mismo con ciertos insectos tales como las abejas, las hormigas o las termitas, entre los que se puede comprobar que mantienen enfrentamientos muy similares al conflicto bélico de los humanos. En alguno de esos insectos su agresividad se desarrolla por motivos *sociales* o, *quizás históricos*. La diferencia con las especies biológicamente superiores estriba en que los insectos, a los que nos hemos referido, sí realizan una verdadera función económica que es el resultado del trabajo en grupo. Se podría decir que son propietarios y almacenan recursos y bienes que pueden ser objeto de rapiña o de disputa. De esta observación se llega a la importante conclusión de que esa actividad económica conduce a la guerra.

Del estudio amplio y detallado del reino animal —no sólo en relación con los factores económicos—, el polemólogo francés extrae una significativa conclusión por la similitud que se puede establecer con los seres humanos:

Estos hechos y estas observaciones tienen quizá el valor de una experiencia crucial, pues demuestran que al menos entre los animales no hay guerras si no se reúnen tres fenómenos: la jerarquía, el trabajo organizado y la propiedad.

Esta incursión sobre el reino animal nos sirve para situar la importancia de los factores económicos en la motivación bélica. Pero, volviendo al terreno de los humanos, es importante resaltar la advertencia del autor sobre la diferencia que debe establecerse entre causa y efecto, porque aunque, más pronto que tarde, se observan los efectos económicos de las guerras, ello no supone que todos los conflictos se originen por cuestiones económicas.

Curiosamente, y a pesar de lo que se ha indicado hasta este momento, para Gaston Bouthoul, muy pocas guerras van a responder a un móvil

exclusivamente económico. Con sociedades poco avanzadas, que peleaban por los alimentos y la supervivencia, era fácil encontrar como único móvil las cuestiones económicas. A medida que las civilizaciones se hacen más complejas, las motivaciones se hacen también complejas, es lo que el autor denomina *guerras "politélicas"*, o guerras que tienen su origen en fuentes diversas. Además, se ha comprobado que, en ocasiones, muchos conflictos bélicos considerados originalmente como económicos, tras estudios más profundos, fue necesario catalogarlos de nuevo y considerarlos como conflictos psicológicos. No obstante lo indicado, para Gaston Bouthoul, lo que resulta indiscutible es que todas las guerras tienen algún aspecto económico.

Con estos antecedentes, nos encontramos con la duda de poder determinar cuándo se podrá decir que una guerra se ha producido por causas económicas. En este sentido conviene recordar que no se puede confundir los aspectos económicos que se derivan del propio conflicto, con la *fatalidad económica*. El pensador francés nos da la respuesta:

Para afirmar de un modo general que cualesquiera que sean los conflictos son el producto de causas económicas, habría que demostrar que el impulso bélico es en toda circunstancia el resultado de desequilibrios económicos insoportables y de imposible solución distinta de la violencia.

Por ello, para dar satisfacción a la duda planteada, será necesario determinar si los desequilibrios económicos entre los bandos antagonistas, son de tal magnitud que incitan a las partes enfrentadas a adoptar métodos violentos. Según estas consideraciones, en la estructura económica existen dos situaciones que pueden ser generadoras de pasiones e impulsos belígenos, se trata de dos casos opuestos: la *penuria* y la *superabundancia*. Cada una de esas situaciones podría dar lugar a una guerra de penuria, o bien de superabundancia.

Se podría decir que la penuria es una situación anómala y excepcional propia de las sociedades primitivas cuando éstas agotan sus reservas alimenticias. A medida que esas sociedades evolucionan, y se complican, resulta cada vez más infrecuente la necesidad de recurrir a la guerra para buscar la subsistencia. Además, en esa sociedad cada vez más compleja, que se adapta con cierta facilidad para superar los momentos difíciles, es muy improbable la penuria generalizada. Por eso, y desde el exclusivo punto de vista económico, siempre habrá un amplio margen de opciones, antes que la escasez no deje otra salida que el enfrentamiento bélico.

Sin embargo, y paradójicamente, la experiencia histórica demuestra que la situación que genera problemas es la de superabundancia. Es la condición de opulencia la que va a provocar los impulsos belicosos. Parece como si el excedente de energía vital de los Estados, con sus necesidades cubiertas, necesitara de una válvula de escape, propiciando el germen de la agresividad colectiva. Esa opulencia se va a manifestar en dos formas: la superioridad técnica que pone a disposición de la violencia todo tipo de medios y recursos; y la superioridad psicológica pues *la mayor riqueza estimula el orgullo, la vanidad, las tendencias caprichosas y la prepotencia*. Así, es fácil comprobar que una sociedad bien alimentada se inclina con cierta facilidad hacia la violencia.

Dentro del caso particular de la superabundancia hay que mencionar la "guerra de excedentes", que ambiciona dar salida a los excesos de producción. Estos excesos surgen como consecuencia de la necesidad, que tienen ciertas sociedades, de asegurar su desarrollo industrial. De esta manera, el aumento de las exportaciones necesario para mantener la capacidad e infraestructura industrial, se convierte en una exigencia para garantizar los puestos de trabajo y el medio de vida de parte de la población. En condiciones de superpoblación, al aumentar las necesidades, se agravan estas circunstancias, poniendo en relación los factores económicos con los demográficos, por lo que hablaremos de los factores demoeconómicos.

Las destrucciones de las guerras, en esa función *virulenta del consumo acelerado de riquezas*, se presentan según dos modalidades: conflictos de signo moderado, que cumplen el cometido de liberar esos excedentes económicos de la sociedad opulenta; y conflictos de signo mayor que sobrepasan la necesidad desahogo económico y *se extienden a la destrucción de los medios de producción*.

La guerra cumple por tanto una función destructora en una sociedad que produce más de lo que necesita. ¿Pero, acaso, es ésta la única forma de corregir esos excesos de la producción? Para Gaston Bouthoul existen otras formas de canalizar la superproducción: la primera, con plena vigencia en las sociedades occidentales; consiste en aumentar el nivel de vida; la segunda, aunque nos introduce en un círculo vicioso, reside en incrementar los medios de producción; y por último, la tercera, la fiesta que también representa un consumo y un derroche de los excedentes de la producción. Como complemento a lo indicado en este tercer aspecto, resulta chocante que actitudes como el *lujo, la disipación, la pereza, y la*

ligereza en las costumbres puedan llegar a ser consideradas como un factor de paz, dado que representan formas de consumo, que de lo contrario, podrían orientarse por derroteros bélicos. Así mismo, otras actitudes más positivas relacionadas con la mejora del nivel de vida, como la disminución de la jornada laboral, son además de un logro social, otra manera de fomentar la paz.

Para concluir este apartado dedicado a los aspectos económicos, es necesario recordar que la relación de las causas económicas provocadoras de los enfrentamientos bélicos, extraídas de las circunstancias históricas, evidencian, en cada caso, un antagonismo económico en el correspondiente nivel de las estructuras. Es cierto que un desacuerdo puede agravarse y dar lugar a un conflicto, aunque no siempre suceda así, sino más bien al contrario, pues de alguna manera la economía es transacción, trueque, o cambalache, lo que abre el juego de la negociación y permite a las partes en conflicto llegar a un intercambio aceptable. Si ello no es posible evidencia una fractura más honda y pone de manifiesto la existencia de una *impulsión belicosa profunda*.

Una situación económica irritante y susceptible de engendrar discordias sólo se convierte en un argumento para el conflicto cuando se recibe, se expresa y se interpreta con sentido belicoso. Para que la situación económica provoque la guerra, es necesario que la situación se convierta en argumento.

Podemos pues resumir el pensamiento del autor diciendo que los factores económicos no deben representar, en sí mismos, un elemento capital como origen del conflicto, sino más bien que estos *están al servicio de los impulsos belicosos*. En estas condiciones la economía resulta ser uno más de los *instrumentos bélicos* y sólo cuando intervienen en la misma dirección otros factores, la situación puede evolucionar hacia la guerra.

El factor demográfico

Los diferentes tipos de guerras evidencian los distintos aspectos que concurren en ellas. Normalmente, según sean éstas, habrá algún factor que resalte sobre los demás. No obstante, entre los numerosos factores, hay un fenómeno que tiene efectos demográficos y que resulta común a todos los conflictos, se trata del *homicidio organizado y aceptado como lícito*. Así, si hay una constante en todas las guerras es la existencia de muertos. El número de fallecimientos, y como consecuencia el efecto

demográfico, no está en relación, ni con la cantidad total de efectivos de los ejércitos combatientes, ni con la proporción de habitantes de los Estados beligerantes.

Determinar las causas reales de la guerra no resulta normalmente una tarea sencilla, en especial, cuando en muchos casos las verdaderas circunstancias vienen enmascaradas por los pretextos de los responsables políticos o, bien, porque la visibilidad de los verdaderos motivos queda eclipsada por la querrela que origina el inicio del conflicto.

La guerra no es sólo un fenómeno de destrucción de los excedentes económicos, sino que también representa la aniquilación de un determinado capital humano. La decisión de emprender un conflicto supone necesariamente la intención de las partes de *sacrificar* un cierto número de vidas humanas. De esta manera, las guerras cumplen el cometido de inmolar a aquellos hombres que no tienen una función específica en las *tareas económicas esenciales*. El polemólogo francés incluye al fenómeno guerra entre lo que él llama "*instituciones destructoras voluntarias*", que tienen la misión de regulación demográfica mediante la disminución del número de individuos o impidiendo el nacimiento de nuevos seres humanos.

Toda esta evolución social es un proceso similar al que sigue la actividad biológica. Existen unos ciclos, equiparables a los períodos de paz, que se caracterizan por la acumulación de energías y *potenciales* de todo tipo: seres humanos, bienes, y *dinamismos psicológicos* que a partir de un momento determinado se transformarán en *excedentes*. A estos ciclos les siguen otros que se encargan de la destrucción de esos excedentes y que se corresponden con los períodos bélicos. Para el escritor francés, la violencia destructiva del período bélico estará en relación directa con el nivel de excedentes acumulados.

Según Gaston Bouthoul el constante aumento de seres humanos disponibles para la guerra está en relación con la disminución de la mortalidad infantil, consecuencia de las mejores condiciones sanitarias y alimenticias y, también, como resultado del proceso de incorporación de la mujer a los procesos bélicos. Debido a la mayor esperanza de vida se produce un crecimiento demográfico relativo que se ve compensado, en caso de conflicto, con una mayor incorporación de jóvenes a los cometidos bélicos, lo que con la recluta obligatoria conduce a la guerra total y, en definitiva, a un incremento significativo del número de bajas.

La mayor o menor incidencia de las matanzas bélicas (principalmente entre hombres jóvenes) como efecto demográfico, más allá de la mera función relajante, dependerá que los enfrentamientos reduzcan de manera crítica la mano de obra necesaria para la producción, en cuyo caso, la merma demográfica puede provocar trastornos estructurales. Además, y como resultado de lo anterior, la ruptura de los equilibrios políticos y económicos, tendrá de forma recíproca efectos duraderos sobre la evolución demográfica.

Conocidos los efectos de las guerras procede analizar su función demográfica. Según Bouthoul se trataría de una función social estable, considerando el término función tal y como se entiende en biología: operación que se repite de forma periódica. Esa función cumpliría los siguientes cometidos:

- *La relajación demográfica* pues, como ya se ha indicado, la guerra produce un aumento en el número de muertes y, normalmente, al menos de forma temporal, una reducción de la natalidad como resultado de la disminución del número de nacimientos mientras dura el conflicto. Además, la función de la guerra compensa las mayores expectativas de vida consecuencia de la mejora de las condiciones sanitarias.
- *La liberación demográfica* determina que el proceso evolutivo de la población tenga un proceso acumulativo lento, seguido de una brusca contención y disminución.
- *El cambio de estructuras demográficas* que provoca el cambio de las *pirámides* de edades y la modificación del porcentaje relativo entre hombres y mujeres.

Pero, como indica nuestro autor, la guerra no sólo cumple funciones demográficas. Sin embargo, sí es esa función la única que está siempre presente, lo que le confiere una mayor relevancia sobre el resto. Esto no significa dejar de reconocer la importancia de otras funciones, como la económica, trascendencia que se deriva muy posiblemente por su intrínseca relación con la demografía. Sin embargo, esas otras funciones no son permanentes y están sometidas a todo tipo de fluctuaciones y vaivenes. En este sentido, y puesto que las pérdidas de los enfrentamientos pueden ser de naturaleza dispar, el polemólogo francés sitúa la relajación demográfica como la *función primordial —nunca la principal—* de los conflictos.

Ese reconocimiento de la función social que el autor confiere a la guerra, es fuertemente criticado desde distintos sectores pacifistas ya que, de

esta manera, si la guerra cumple un cometido se tiende a su justificación. Pero lo cierto es que constatar una realidad no significa *justificarla y todavía menos aceptarla o resignarse a ella*. Sin duda, es muy triste y deplorable que el fenómeno bélico cumpla con esa función social, pero más triste sería tratar de ignorarlo indefinidamente y dejar que continúe actuando con su secuela de muerte y destrucción.

Pero, desde nuestro punto de vista, para buscar el remedio a la impulsión belicosa, más que atender a los efectos hay que tratar de determinar sus causas. Todo ello aún siendo conscientes de la dificultad que representa su enunciado. Si invertimos el razonamiento que se ha venido empleando hasta el momento, se podría decir que el excedente de jóvenes en la sociedad, una vez que se han cubierto todas las necesidades que requieren los asuntos económicos, representa *una predisposición incitadora que se aplicará al impulso belicoso*. De esta manera, esos jóvenes que no se han podido incorporar al proceso productivo, ni a las tareas esenciales de la economía, no resultan sino mano de obra sobrante *que están disponibles y predispuestos al disturbio*.

En estas circunstancias las condiciones para el estallido bélico están servidas y cualquier chispa puede propiciar una guerra o una emigración en cualquiera de sus formas. Sin llegar a situaciones tan dramáticas, el exceso demográfico, especialmente de jóvenes sobrantes en las tareas esenciales de la economía, puede provocar, además, otra clase de dificultades tales como: el agravamiento del problema del paro o el incremento de la inquietud, la agresividad, la delincuencia y la criminalidad. La consciencia de este problema origina la compartimentación. Cuando la sociedad es consciente de estar superpoblada, como ocurre actualmente en Europa, trata de protegerse de la emigración exterior estableciendo todo tipo de barreras. Los Estados prósperos, que según Bouthoul no están superpoblados, ven en esas migraciones, invasiones pacíficas que inyectan un problema ajeno dentro de sus fronteras.

La estructura demo-económica resultante de esa situación de excedencia, es lo que nuestro autor denomina la *estructura explosiva* y representa una *tendencia a la expansión brusca* que se lleva a cabo de manera convulsiva y contagiosa, con un resultado que puede conducir a la guerra o a la emigración. En efecto, la relación entre la guerra y la *estructura explosiva*, y con ello el peligro que se genera, queda clara con la propia explicación del autor:

Por eso nos parece que la guerra —tanto exterior como civil— no es un hecho primitivo. La consideramos como un epifenómeno y como la manifestación febril de ciertos desequilibrios sociales. Estos desequilibrios influyen en nuestra psicología favoreciendo la aparición de unas ideas preferentes a otras. Impulsan al desorden y a la intransigencia, obnubilan el sentido crítico y el instinto de conservación. En resumen, producen una agresividad colectiva. Este estado es el que constituye una de las reacciones características de la psicología social, a la cual hemos llamado impulsión belicosa. Entre tales desequilibrios están, en primer plano, los demográficos.

Esta *estructura explosiva* es independiente de la situación demográfica de las sociedades vecinas. Por eso, al presentarse como una manifestación interna, independiente de un entorno que, por el contrario, podría hallarse en una condición demográfica favorable y ante la necesidad de canalizar la impulsión belicosa contra alguien diferente al enemigo exterior, cuando éste no existe, esa energía se proyectará en forma de emigración o hacia el interior, como una guerra civil.

La *estructura explosiva* no es el único motivo entre las diferentes tensiones y desequilibrios que se presentan en el nivel de las estructuras y que conforman el impulso belicoso. Sin embargo, sí resulta la más importante, pues se trata de una *predisposición latente* que cuando coincide con otras causas se acomoda entre ellas y, en un efecto sinérgico, las *refuerza y las hace más virulentas*. Así, las tendencias guerreras que provocan los fenómenos demográficos, sólo intervienen cuando se presentan en coincidencia con otros factores.

La expresión “relajación demográfica”, para referirse a la descarga de tensión social, es otro de los aspectos controvertidos en la obra de Bouthoul, por interpretarse, por algunos, como una frivolidad. No obstante, el consumo de la energía acumulada, de forma rápida y violenta, libera la presión y tirantez acopiada tras muchos años de carga. Una vez satisfecha la relajación demográfica, la alteración social queda apaciguada durante un cierto tiempo. Pero esta situación no representa, en modo alguno, ni un deseo, ni un aplauso hacia el proceso de relajación; se trata, simplemente, de la constatación de una realidad. Además, tampoco se afirma con ello que el resultado de esa descarga agresiva tenga resultados beneficiosos, pues la impulsión violenta puede ir más allá de la relajación necesaria y, en vez de resultar un remedio, podemos encontrarnos ante un mal incurable. Así lo confirma nuestro autor:

Si suponemos que en la mayor parte de los casos la impulsión bélica es consecuencia de una determinada estructura demográfica que conduce a disturbios y a conflictos, esto no significa que sus efectos sean beneficiosos.

Por otro lado, el alivio que, en teoría, podría producir la relajación demográfica está en relación con aspectos psicológicos, de hecho, estos efectos que Bouthoul también califica de cualitativos, son más significativos que los datos reales de las cifras de víctimas o efecto cuantitativos. Ciertamente, desde una visión psicológica del fenómeno, resulta más representativa la *presión sentida* que la *presión efectiva*, aunque ambas se combinen en nuestras mentes en sus debidas proporciones. En el caso de la presión sentida intervienen otras variables que se añaden a la propia consideración demográfica. Además, en un futuro y debido a la nueva situación social, la presión sentida adquirirá aún mayor relevancia.

Gracias a los progresos de la medicina se ha elevado la esperanza de vida en toda la pirámide de edades, lo que, sin duda, puede complicar el problema demográfico aumentando la predisposición incitadora al impulso belicoso. Al mismo tiempo que la guerra existe otras causas sociales que también pueden intervenir para amortiguar la tensión demográfica, es lo que nuestro autor denomina: las *instituciones destructoras*. Además de la propia mortalidad infantil, actúan con ese carácter: *el infanticidio*, propio de sociedades primitivas aunque, increíblemente, aún subsista en algunas sociedades contemporáneas; *el infanticidio indirecto*, causado por desnutrición, brutalidades, malos tratos, trabajos desproporcionados, etc; *el monaquismo*, que sin necesidad de daños físicos actúa moderando el crecimiento de la población; *la esclavitud*, que se caracteriza por la baja natalidad y la alta mortalidad de los esclavos; *el derecho represivo*, que actúa sobre los jóvenes más propensos a la violencia y a la criminalidad y por tanto candidatos a la represión penal.

Tanto la guerra como las instituciones destructoras tienen una función consumidora de hombres. Sin embargo, entre ambos fenómenos parece establecerse una relación de complementariedad. Es por ello que la super-población no tiene que conducir necesariamente a la impulsión belicosa si actúan el resto de las instituciones destructoras en la adecuada medida compensatoria.

En estas condiciones surgen con fuerza una serie de interrogantes. En una sociedad donde se reclama y se impone con pujanza los derechos humanos. ¿Son suficientes como medida compensatoria las instituciones

destructoras? ¿Qué soluciones podríamos adoptar para no tener que llegar a la relajación demográfica bélica? ¿Estamos, en tales circunstancias, condenados a sufrir de manera periódica guerras para descargar las tensiones de los excesos numéricos de la población? Para Gaston Bouthoul es necesario acudir a un desarme demográfico, opción que, a lo largo de la historia, apenas ha sido respaldada por pensadores y filósofos.

Las razones para no realizarlo hay que buscarlas en la seguridad que proporcionan los grandes números y es que, para el pensador francés, una población elevada es la única forma de prevenirse del impulso belicoso de los demás. Proceso éste que seguido irremediamente por el adversario conduce a un círculo vicioso. Esta circunstancia se confirma en los momentos anteriores al conflicto, cuando los Estados fomentan la natalidad de sus ciudadanos. No obstante, y desde mi punto de vista personal, resulta difícil admitir que, con la influencia de la tecnología y la potencia nuclear del mundo actual, el rearme demográfico pueda ser considerado como un elemento disuasorio esencial.

En cualquier caso, si se admite la influencia primordial de la función demográfica, innovar en su control siempre provocará menos sufrimiento que el originado por el exterminio de sectores de la población consecuencia de la relajación bélica. Gaston Bouthoul considera que nuestras sociedades siguen presas de sus propios prejuicios *que consideran moral y legítimo tomar medidas para aumentar la natalidad, pero inmoral y escandaloso restringirla o limitarla.*

El factor psicológico

Los factores psicológicos, con los económicos y demográficos, por su importancia, ocupan un puesto de relevancia en la obra del autor. Como consecuencia de la guerra se producen determinados comportamientos y alteraciones en la racionalidad humana, donde se alojan los impulsos belicosos, que sólo se pueden entender desde la visión de la psicología colectiva. Ciertos movimientos de la opinión pública que surgen tanto en los orígenes de los conflictos, como durante su desarrollo, tampoco resultan comprensibles salvo desde la óptica de la citada psicología colectiva. Lo cierto es que desde que se inicia la guerra asistimos a un cambio radical del comportamiento humano, se entra en una nueva esfera psicológica, lo que demanda nuevas formas y obligaciones sociales. Esas transformaciones van a afectar no sólo al hombre y la sociedad sino también al mundo del derecho.

El cambio en el sistema de valores resulta radical. El homicidio prohibido en paz, repentinamente se legaliza y recomienda; las fronteras entre lo *sagrado* y lo *profano* se desplazan; se produce una subversión de valores en múltiples aspectos: la vida, la libertad, o la propiedad; se recurre a los ritos y ceremonias; se refuerza el instinto de conservación; o se producen *estados de depresión y de excitación patológica* que conducen a un retroceso de formas ya superadas de razonamiento infantil, de naturaleza excluyente y extremadamente simples: el bien y el mal, el amigo y el enemigo, el cielo y el infierno, etc. La gran variedad de matices y gradaciones de las actitudes intermedias, y las tendencias divergentes, desaparecen.

En esa condición de excitación cualquier tendencia o inclinación social puede llegar a convertirse en dominante, arrastrando con ella a todas las demás. Cualquier actividad puede exasperarse y representar una justificación que puede ser causa de conflicto. Una vez iniciado, y a partir de ese momento, todas las rencillas y animadversiones, en los distintos aspectos, confluirán en una única dirección que ocasionará, según nuestro autor, una resultante de hostilidad general.

En su análisis psicológico Gaston Bouthoul establece un cierto paralelismo entre la fiesta y la guerra. Ese paralelismo lleva a nuestro autor a identificar ambos fenómenos. La fiesta, en sus distintas formas y rituales, provoca la exaltación de ánimo, el júbilo o el furor de los participantes, y aunque lógicamente con los avances de la civilización ha sufrido una profunda transformación, existe una serie de características que subyacen con el transcurso de los siglos: la reunión de los componentes del grupo; el gasto y derroche que lleva al consumo y destrucción de excedentes; la transgresión de las normas morales; la exaltación colectiva; los excesos físicos al límite de la resistencia personal; o incluso los sacrificios.

Si repasamos esas características todas ellas se encuentran presente en las guerras. Por eso el polemólogo francés afirma que:

Podemos pues decir que, en el sentido sociológico de la palabra, la guerra es la fiesta suprema. O, con más exactitud, que la guerra es la fiesta verdadera y auténtica, la que se celebra sin miramientos ni moderaciones, frente a la cual las otras formas de fiesta sólo son pálidas imitaciones.

Otros aspectos de la guerra cumplen con ciertas funciones psicológicas. Así, el enfrentamiento bélico actúa como distracción de unas sociedades que se ven condenadas a la aburrida y rutinaria vida cotidiana. La

guerra, como fuente inagotable de emociones, saca del letargo a una colectividad cansada de la *monotonía de una sociedad mecanizada*. Además, para ciertas comunidades, es la única forma de acceder a otro mundo psicológico y de ponerse en contacto con otros pueblos. El conflicto bélico es también un juego que permite gastar el excedente de vitalidad y abstraerse de los problemas sociales.

En determinadas circunstancias resulta, además, una solución fácil para solventar el debate y el enfrentamiento político. Ante ciertas disputas y controversias de difícil arreglo, que requieren de discusiones interminables en aras de alcanzar el consenso o, al menos, el compromiso que satisfaga mínimamente a las partes en conflicto, la guerra representa la *solución perezosa o la solución de los problemas insolubles*.

Pero en todo este mundo psicológico ¿qué papel juegan los dirigentes? ¿Intervienen con su autoridad de manera decisiva en el proceso bélico o son simples marionetas de la voluntad popular? El papel que han tenido los líderes políticos, y por tanto su responsabilidad en las diferentes guerras que han asolado la humanidad, ha sido, en opinión de nuestro autor, motivo de una fuerte controversia. Veremos en los siguientes párrafos como Bouthoul exime, según mi entender de manera sorprendente, a los poderes públicos de una auténtica capacidad de decisión sobre el fenómeno bélico. Parece con ello negar a los líderes políticos la posibilidad de actuar en los distintos niveles, particularmente en el de las coyunturas y en el de las motivaciones, para reconducir el impulso belicoso. De esta manera, y desde un punto de vista moral, sería ciertamente difícil tratar de exigir responsabilidades a alguien que no ha sido sino esclavo de su propia comunidad y de los condicionantes demográficos, económicos y psicológicos sobre los que apenas tendría posibilidad de intervenir, ni antes del conflicto, ni durante su desarrollo.

La primera pregunta que se plantea Bouthoul, en línea con la que nos hacíamos en párrafos precedentes, es saber si los dirigentes políticos imponen sus puntos de vista o, por el contrario, siguen las *impulsiones y los deseos de la población*. Él mismo responde a la cuestión planteada:

A primera vista parece poco creíble que, si una nación es pacífica, baste el capricho de un jefe, o de una pequeña minoría, para que la población se sienta impulsada a la guerra... Pero un más amplio carácter de los conflictos exige participación cordial, sino entusiasta, del conjunto de la nación. En este caso, el jefe no hace más que traducir el impulso belicoso del conjunto.

De alguna manera, el escritor francés, ve encarnada en el jefe la voluntad popular. En su opinión resulta poco creíble que el poder político, con su actividad y capacidad de convicción, pueda generar en el pueblo la agresividad necesaria para abocarles al conflicto. En el caso opuesto, cuando el impulso belicoso colectivo y el germen de la violencia se extienden a todos los niveles sociales, poco puede hacer el jefe para contrarrestar una corriente que le arrastrará de manera irremediable.

Estas opiniones del autor, que se reflejaban en su obra "*Las guerras*" (1951), serán matizadas años después (1976) al indicar que el futuro del universo es *múltiple* y los caminos que puede seguir la humanidad no se dirigen necesariamente hacia la fatalidad y la guerra. El resultado final va a quedar condicionado por dos motivos: el poder de los dirigentes en retrasar o acelerar esos sucesos; o bien, determinadas circunstancias que impiden que, aún cuando la situación sea propicia al enfrentamiento bélico, se produzcan las condiciones definitivas para el estallido final.

El estado de guerra facilita la labor de los gobernantes que, con el pretexto de que la *patria está en peligro*, disponen de plena libertad de acción. Los problemas que hasta antes de la declaración de las hostilidades eran acuciantes quedan demorados con carácter indefinido; las trabas legales, hasta ese momento insalvables, pueden ser superadas sin demasiados impedimentos; ni tan siquiera la arbitrariedad resulta contestada. En definitiva el país queda *sometido a la disciplina* bélica. Pero, además, la guerra resulta un momento propicio para mejorar la situación personal del dirigente. El poder político representa la salvación de la patria y su persona puede conducir al paroxismo. Su figura se acrecienta y se convierte en el objeto del fervor popular y la devoción de sus súbditos. Así, la situación que se crea entorno al gobernante se aproxima, según el polemólogo francés, a un fenómeno religioso.

Ese carácter divino que asume el jefe se acentúa, tanto más, cuanto mayor sea su función demográfica. El respeto y la consideración casi divina del dirigente se ponen en relación con el número de hombres disponibles que puede enviar al sacrificio bélico. En la conexión entre ese dirigente y sus tropas se establecen unos vínculos desiguales. De un lado, el *jefe desempeña el oficio de sacrificante* y, por otro lado, los mejores combatientes están dispuestos a entregar la vida en su defensa. De esta manera, una parte del grupo actúa como instrumento del impulso belicoso de la sociedad.

El grupo que está dispuesto a entregar su vida se ve animado de un espíritu de sacrificio que se fundamenta en una ideología y que arraiga precisamente entre los más jóvenes. Ese estrato de población es, precisamente, el más generoso, el más propenso a sufrir la relajación demográfica, el que busca inmolarse en la defensa de creencias y causas que considera justas. El joven está más dispuesto que los adultos al sacrificio del heroísmo y sólo se necesita una dirección, un líder, para encauzar esas energías que siempre podrán canalizarse con fines interesados. *El arte del dirigente consiste en dominar el espíritu de sacrificio y hacerlo servir para sus fines.*

La guerra puede terminar con el aplastamiento de uno de los beligerantes o, por el contrario, puede saldarse sin un vencedor claro y, por consiguiente, con el mantenimiento del statu-quo. Este segundo caso es la manifestación palpable de la función de relajación que tiene el conflicto bélico que se limitaría a *devorar las energías excedentes*. La dificultad de llegar a acuerdos, las disputas irreconciliables, o las diferencias insalvables, previas a la ruptura de las hostilidades, se convierten en una sintomía admisible tras los acuerdos de paz. Como dice Bouthoul:

En este caso, desde el punto de vista psicológico, el único hecho nuevo resultante de la guerra es que ha terminado la agresividad de los individuos, es decir, especialmente la de los dirigentes y la de los combatientes más violentos.

El fin de la guerra produce un efecto de euforia, tanto mayor cuanto más penosos hayan sido los sufrimientos padecidos en los combates, agotando en esas penalidades los impulsos belicosos. Pero, como ya se ha indicado, con el statu-quo se mantiene el equilibrio previo al conflicto y, por tanto, los resentimientos profundos origen de la impulsión belígena que continúan latentes. En el supuesto de que el conflicto finalice con un vencedor se generan nuevos sentimientos, en especial, el de inferioridad entre los vencidos. La búsqueda de culpables en los que hacer recaer los fracasos proporciona, con la relajación demográfica y económica, un sentimiento de alivio suficiente para comenzar a recobrar la normalidad.

Todas esas percepciones psicológicas se van fijando en la memoria social, se transmiten a las generaciones siguientes y se instalan en el nivel de las estructuras creando las condiciones de futuros conflictos:

Así, cada generación que llega está marcada por los acontecimientos que corresponden a la edad adulta o madura de sus padres. Y también así se disponen las reacciones afectivas.... Toda clase de

estructura social, más los acontecimientos, modifican el tono psicológico general y provocan complejos en los individuos. Y también los reflejos de los hechos históricos se incorporan a nuestro inconsciente afectivo. Tales complejos suscitan nuestras preocupaciones más profundas, y por ellos se preparan las bases inconscientes del sentimiento público y de las reacciones colectivas, a su vez generadoras de nuevos acontecimientos.

EL IMPULSO BELICOSO

Desde el inicio del capítulo anterior estamos hablando del impulso belicoso sin habernos detenido a reflexionar cómo es entendido por nuestro autor. Para Gaston Bouthoul la impulsión belicosa es entendida en los siguientes términos:

La impulsión belicosa, cuando existe, la entendemos como un estado difuso y algo así como la resultante muy general de un conjunto de equilibrios sociales.

Pero, ¿cómo se distribuye ese sentimiento? ¿Se trata acaso de una percepción uniforme? Parece obvio que el impulso belicoso no se reparta de manera homogénea entre los diferentes individuos, ni entre los distintos estratos de la sociedad. Por ello, cuando estalla el conflicto, tampoco los miembros del grupo participarán con la misma intensidad. En cualquier caso, lo verdaderamente importante es que el impulso belicoso conduce a la agresividad.

Tras el conflicto, con el derroche de los excedentes, el impulso remite y se apacigua. Ese bajo perfil agresivo se mantendrá en tanto se reconstruyen y reponen las pérdidas. La evolución histórica ha ido condicionando esos períodos que tienden a reducirse por la mayor capacidad de nuestra sociedad para restablecer, en menos tiempo, las grandes *mortandades* de los conflictos precedentes. Por eso, con nuevas energías, no será difícil volver a encender la mecha en sociedades que se sienten vejadas por unos tratados de paz que, normalmente, son fecundos en agravios y humillaciones.

Con una demografía en alza, en cuanto se olvidan los sufrimientos de la guerra, y la vida adquiere nuevamente su rutinaria monotonía, vuelve el germen del impulso belicoso. Los odios y rencillas milenarias, cuyas raíces se hunden en el tiempo, pasan de generación en generación, abo-

nando el terreno para nuevas disputas; así, las causas profundas están servidas y sólo resta la concordancia de las coyunturas y la querrela precisa para que de nuevo estalle la violencia. El polemólogo francés no puede ser más pesimista pues, según su criterio, *las guerras nunca ponen punto final a los conflictos*, sólo aquellas cuyo resultado establece un nuevo equilibrio procuran una mayor garantía de paz. Pero ni aún en estos casos estamos libres de reincidir:

Los conflictos se interrumpen o se desplazan, pero no se suprimen....La realidad no es el conflicto, sino las fluctuaciones del impulso belicoso. De estas fluctuaciones depende la virulencia de los conflictos.

Cuando hablamos del impulso belicoso lo entendemos como un estímulo colectivo, que no es otra cosa que la resultante de los diferentes *estados de ánimo* de los individuos del grupo. Esa resultante será de carácter agresivo cuando una gran mayoría abogue por la guerra, o consienta que la sociedad se deslice hacia ella. Pero aún, para que esto sea posible, y poder encauzar esa agresividad, será preciso la existencia del líder que encarne los valores del conjunto y en el que el grupo se vea identificado.

La generación de esos impulsos nace en el ser humano como resultado, no sólo de unas percepciones físicas de carácter sensorial sino, más bien, como consecuencia de un proceso y desarrollo mental donde se ponderan distintos estímulos que entran en el campo de lo racional, como ocurre con la ansiedad o la frustración. De cualquier forma, cierta instigación que alimenta el impulso belicoso, surge de la misma sociedad a la que se pertenece y de las propias necesidades de la colectividad. Por ello, repitiendo una de las tesis de nuestro autor, cuando los dirigentes de una nación se deciden a lanzar a su pueblo al enfrentamiento bélico es porque esta acción tiene detrás un fuerte respaldo social que siente la guerra *como un beneficio o una necesidad*.

Dentro de esos estímulos y percepciones racionales de los que hablábamos en el párrafo precedente, la frustración es, sin duda, uno de los elementos con mayor peso a la hora de conformar la impulsión belígena. El escritor francés afirma que existe una relación directa entre agresión y frustración. Aunque este fenómeno psicológico puede terminar en distintas formas de depresión, desánimo, o abandono, normalmente conduce a la agresividad. La frustración va asociada a la imposibilidad de satisfacer determinadas necesidades. Esas necesidades pueden ser variopintas según las propias convicciones y exigencias del grupo —el petróleo, un

trazado fronterizo, conseguir la salida al mar,... Así, el impulso belicoso puede disponer de un amplio repertorio para intervenir reavivando antiguos agravios.

Sin embargo, contra lo que pudiera pensarse, no es correcto establecer una relación directa entre la agresividad y la pobreza. Cuando Boutoul se refiere a necesidades no las concreta, específicamente, en riquezas o ganancias materiales. En este sentido conviene recordar que la guerra es una *actividad de lujo* con una importante función de consumir excedentes tanto de bienes como de vitalidad.

Los complejos colectivos —fracaso, culpabilidad, e inferioridad—, arraigados en el fondo del espíritu social, pueden incrementar la agresividad y provocar un deseo de revancha que arrastre a esa sociedad a la guerra. Sobre estos complejos actúa la superpoblación para agravarlos, posiblemente porque las grandes muchedumbres son el caldo de cultivo de la virulencia y del contagio social.

La agresividad que se genera en el individuo se ve sometida al tamiz del propio grupo y a la oportunidad social que la encauza, reduciendo, normalmente, a manifestaciones esporádicas las reacciones violentas de carácter individual. Muy distinto resulta el análisis de la agresividad colectiva que, mucho más regular, sí se desencadena según un cierto *automatismo inconsciente*. Además, para el escritor francés, se establece una relación directa entre ese automatismo y el tamaño del grupo, cuanto mayor es éste menos racional es la respuesta.

A pesar de lo indicado, la conducta de la muchedumbre es intrínsecamente pasiva y sumisa, para pasar a la acción necesita del *adoctrinamiento* y de que un líder conductor tome la iniciativa en los primeros momentos. En esas circunstancias aparece el sentido de la *fiesta* y el *estado de alucinación colectiva*, lo que transporta a la multitud a la reacción violenta e irracional. Comprobamos que existe, ciertamente, una diferencia entre el comportamiento agresivo individual y el impulso belicoso colectivo:

La agresividad puede ser pasajera, momentánea, limitada a un individuo o a un pequeño grupo. En cambio el impulso belicoso es un estado generalizado y profundo. A menudo es más un estado difuso de aceptación y de aprobación de las violencias futuras.

Para nuestro autor el impulso belicoso colectivo es más una convicción que una actuación concreta. Se trata de una percepción que está en

el ambiente, demandando muerte y violencia. Dentro de la irracionalidad que hemos indicado caracteriza a este estímulo colectivo, Gaston Bouthoul subraya la parálisis que provoca al *obnubilar el espíritu crítico y el sentido de peligro*. Esta situación, previa a la declaración de guerra, impide el mínimo sentido crítico, la moderación, y provoca la atrofia de la imaginación.

Pero lo importante de la investigación es tratar de determinar los orígenes de las agresividades nacionales. Según el escritor francés, no es válido despachar el problema culpando a los dirigentes, o limitarse a aceptar esas agresividades con un fatalismo paralizante. No podemos olvidar que la guerra desde el punto de vista sociológico es como *una gran fiesta* y que, en muchas situaciones, no hace sino responder a los impulsos de la mayor parte de la sociedad. Por otro lado, la gran diversidad de argumentos capaces de alimentar la agresividad colectiva, no resultan, en muchos casos, más que simples excusas. Nuevamente es necesario recurrir a causas estructurales para tratar de resolver el enigma.

LAS CAUSAS DE LA GUERRA

Aquí Gaston Bouthoul, que prefiere tratar este asunto anteponiendo el término “presuntas”, establece que la mayor parte de las decisiones humanas se rigen por una predisposición interna inicial. Ante un determinado problema, que requiere un dictamen específico, el resultado no saldrá de un sesudo razonamiento fruto de un estudio profundo de la situación, sino que será el producto de una idea preconcebida, alimentada por nuestros *deseos y mentalidad*, y que satisface los propios *impulsos y necesidades*. Estos condicionantes determinan que, al final, prevalezca, en ese momento y como resultado de fondo, el *impulso psicológico dominante*.

El necesario raciocinio actuará, de manera tardía, siguiendo el proceso inverso, tratando de justificar una idea que ya ha sido tomada de antemano y que se impone en nuestro subconsciente de manera incuestionable. Incluso, aun en el supuesto de que en la resolución del problema intervenga el debate racional, el estado de ánimo general y el *espíritu exaltado* colectivo, se interpondrán en el proceso lógico privándole de la imprescindible objetividad.

Con estos antecedentes la indagación de las causas del conflicto hay que situarlas en determinar las razones por las que, en un momento con-

siderado; el *impulso psicológico dominante* se identifica con la misma impulsión beligena. Si no partimos de posturas fatalistas, se podría afirmar que a la situación planteada se llega tras recorrer ciertas condiciones sociales que preparen y abonen el terreno de la agresividad. Como dice nuestro autor, *estas condiciones son las que debemos considerar como verdaderas causas de las guerras.*

El repertorio de las causas que originan las guerras no se ofrece en bandeja al investigador, sino que es necesario un concienzudo análisis para llegar a determinar las auténticas razones que las provocaron. En muchos casos, el motivo económico resulta el argumento fácil para justificar conflictos que contaron con la satisfacción y la avenencia de las poblaciones implicadas. En tales circunstancias, podemos asegurar que, tanto en el nivel de las *estructuras* como en el de las *coyunturas*, la situación era propicia para desencadenar el estímulo belicoso.

Con la predisposición favorable en los niveles superiores, cualquier desafío en el nivel de las *motivaciones* encenderá la llama del enfrentamiento bélico. La menor provocación, por insignificante que resulte, aparecerá, a los ojos del enemigo, como intolerable. El grupo se encontrará legitimado para el empleo de la fuerza y rechazará como inadmisibles cualquier opción pacífica. Las motivaciones, que representan *las razones expresadas o sentidas*, son, en ocasiones, simples disculpas o elementos de propaganda interna.

Aunque, en el nivel de la querella, todo enfrentamiento puede tener diversas motivaciones por las que el grupo decide batirse con las armas, siempre habrá alguna con mayor valor psicológico o político que sea la que aúne las voluntades y genere las adhesiones necesarias. Ello no excluye la existencia de otros motivos que coexisten con el principal. Según el escritor francés, el estudio de las motivaciones de los trescientos sesenta y seis conflictos ocurridos entre 1740 y 1974, analizados por el autor en su obra "*El desafío de la guerra*", arroja los siguientes resultados: motivos económicos, en un 60% de los casos; ideológicos, en el 73%; de poder, en el 86%; pasionales o afectivos, en el 44%; y nacionales, en el 76%.

Si buscamos las causas profundas (nivel de las estructuras), la respuesta también la encontramos en la obra citada. Esas causas, como anteriormente acaecía en las motivaciones, pueden proceder de distintas fuentes, aunque, como en el caso anterior, normalmente habrá un motivo que infunda su peculiar impronta sobre todas las demás.

Hemos visto al tratar el factor económico (cuyas ideas se han extraído de los estudios que el autor realiza en su obra "*Tratado de polemología*"), como el escritor francés era reacio a conceder la primacía de las motivaciones económicas para justificar las causas profundas de los conflictos. Algunos años después esa opinión será mucho más matizada, indicando que esos factores serán importantes ya sea como causa o como efecto.

Del análisis de los 366 conflictos se concluye que en caso de los micro-conflictos, término con que el autor denomina a los enfrentamientos bélicos de carácter menor, las causas económicas adquieren una condición relevante, si bien los efectos económicos no son significativos. Por el contrario, en las grandes guerras y revoluciones, las causas económicas ni son exclusivas, ni tampoco especialmente significativas, justamente lo contrario de lo que sucede con sus efectos económicos que pueden ser aplastantes.

Ante la dificultad de concretar esas causas, el autor recurre, inicialmente, a determinar los efectos de las guerras y, de esos efectos, extrae las *funciones* que determinan la causalidad bélica. El rodeo metodológico consiste según sus palabras en lo siguiente:

El conocimiento de la causalidad de los fenómenos naturales —en los casos que se pueda confirmar ésta— no se nos ofrecerá espontáneamente. En tales materias no podemos acercarnos a la causa o la función si no es dando un largo rodeo. Consiste en analizar primero los efectos, es decir situarse al final del proceso estudiado.

Tras la aplicación de esa metodología a los conflictos analizados, las causas o funciones de las guerras serían: la función *lúdica*, o de juego, en un 39% de los casos, aunque esa función tiende a eclipsarse tras los horrores de la I Guerra Mundial; la función de *especulación*, o de obtención de algún beneficio importante frente a unas pérdidas admisibles, lo que se observó en todos los casos analizados; la función que trata o bien de consolidar o bien de invertir los poderes; la función de *cambio de estructuras existentes*, comprobada en un 89% de los estudios; y, por último, la *función de destrucción demo-económica* que se presenta en un 4% de los conflictos.

Ciertamente esta última causa o función no representa un porcentaje elevado, si tenemos en cuenta la importancia que el autor concede, en su desarrollo conceptual, a las consideraciones demo-económicas. Si bien, y como se encarga de justificar, su influjo está presente en otros muchos enfrentamientos. Por ello, y a pesar de los datos obtenidos, nuestro autor

sigue indicando que, desde el punto de vista polemológico, los desequilibrios que se establecen en el nivel de las estructuras demo-económicas son los que anuncian y presagian guerras y revoluciones. El escritor francés lo expresa en los siguientes términos:

En casi todos los casos, los desequilibrios de las estructuras demo-económicas son a la vez una de las causas profundas de las guerras y unos de los mejores indicadores, "barómetros" de las amenazas a la paz.

EN BUSCA DE LA PAZ

Gaston Bouthoul se muestra especialmente crítico e incrédulo con las diferentes iniciativas que se han emprendido, a lo largo de la historia, tratando de evitar la guerra. En su opinión, esas teorías suponen el problema resuelto, pues inciden sobre alguna causa concreta y, por tanto, al margen de la polemología. No obstante, su tratamiento puede resultar interesante porque hace un recorrido sobre distintas motivaciones bélicas. Los planes de paz "políticos" más importantes han incidido en los siguientes aspectos:

- La guerra existe porque hay múltiples Estados con sus propias soberanías y sus correspondientes ambiciones de poder, lo que provoca pugnas, rivalidades, o enfrentamientos que terminan por desarrollar rencores y frustraciones y en definitiva allanan el camino hacia la guerra. Según ciertos pensadores esta situación puede corregirse mediante el Estado único. Sin embargo, para el escritor francés, esta situación no es duradera y, como solución, resulta poco convincente pues el Estado único terminará, a su vez, por descomponerse como consecuencia de las querellas o rivalidades internas. Esta situación no hace desaparecer los impulsos belicosos, ni tan siquiera los amortigua, pues *este impulso es independiente de la amplitud de las soberanías*. Además, conviene recordar que son precisamente las guerras civiles las que generan mayor crueldad y violencia.
- La segunda de las teorías preconiza el reparto equilibrado del mundo entre grandes Estados, que cubrirían sus propias áreas de influencia, agrupando a otras naciones menores bajo su tutela. La paz, así establecida, estaría basada bien en el equilibrio de fuerzas o en el establecimiento de un sistema de acuerdos entre esos grandes Estados. La posibilidad de conflicto se elude gracias al temor y al respeto que se profesan las grandes potencias. Sin embargo,

según la opinión de nuestro autor, la historia ha demostrado que ese intento de equilibrio, ha sido una permanente fuente de enfrentamientos en el viejo continente.

- La tercera de las teorías defiende la necesidad de abolir las monarquías, al tratarse de regímenes políticos con inclinaciones guerreras. Esta opción se ha probado igualmente inconsistente, al demostrarse que históricamente no hay datos que permitan avalar que los cambios en las formas de gobierno reduzcan el número de conflictos. De hecho, es con los republicanos franceses cuando comienzan las grandes movilizaciones que terminaron en la guerra total.

Como síntesis de lo indicado Gaston Bouthoul subraya la necesidad de reorientar los planes de paz hacia otras direcciones:

Así, nuestro consejo es que se debe situar en otro plano el problema de la explicación del belicismo de los grupos humanos. La única conclusión que podemos obtener del examen histórico de la agresividad comparada de los Estados es su independencia de los regímenes políticos y de las formas internas de las jerarquías.

Además de rechazar la validez de los planes de paz políticos, nuestro autor estudia los planes de paz “jurídicos” y llega a similares conclusiones. Independientemente de que la solución propuesta sean los tribunales de arbitraje o las distintas organizaciones de carácter internacional, el camino de los planes de paz jurídicos no es el adecuado para terminar con el conflicto, pues tratar de *asimilar las guerras a las querellas entre individuos, no es más que una metáfora falaz*. Por otro lado, estos planes cometen el error de considerar la guerra como un fenómeno bajo control de los Estados, al que, por tanto, se le puede poner coto o limitación. Entre esas limitaciones legales destaca la declaración de *ilicitud* de la guerra. Para esclarecer lo absurdo del asunto nuestro autor lo compara como castigar por ley al que cae enfermo de peste.

Los planes de paz “ideológicos” que tienen su origen en conflictos provocados por: dogmatismos, filosofías, motivos religiosos u otras consideraciones, y que se apoyan en una hipotética unidad ideológica, sólo significarían la posibilidad de sustituir un motivo por otros que incluso pueden llevar más carga agresiva.

Los planes analizados hasta ahora se fundamentaban en la causalidad unilateral. Los planes “funcionales” se basan, por el contrario, en la afirmación de que la guerra cumple varias funciones de carácter social y, por

tanto, es necesario atacar el conflicto desde una óptica multilateral. De esta manera, aparecen los planes psicológicos, hedonistas y demográficos, con los que Bouthoul muestra mayor sintonía.

- Sobre la base de considerar la guerra como una *costumbre ancestral o la desviación de algunos impulsos humanos*, los planes psicológicos proponen como antídoto la educación y el necesario adoc-trinamiento. Además, para combatir esa costumbre ancestral, en la que la guerra asume las funciones de la fiesta, los defensores de este plan proponen diversas actividades como: *vacaciones, turismo, festejos, congresos, manifestaciones deportivas, excursio-nes e incluso facilidades sexuales* que puedan satisfacer, con cierta aproximación, la función bélica.
- Por considerar el tedio y la apatía como una de las causas de con-flictos, los planes hedonistas proponen buscar en el cine y otros espectáculos las alternativas a la función que desempeñaba el anti-guo circo. Se trataría, en definitiva, de buscar la civilización del ocio. En el fondo subyace la manera de consumir los excedentes socia-les, lo que logra mediante: la fiesta, la guerra y la elevación del nivel de vida.
- Los planes demográficos pretenden *actuar a la vez sobre el reparto de los excedentes y sobre el impulso belicoso, mediante restriccio-nes de la fecundidad natural*. Antes de promover estos planes con-viene recordar que los impulsos belicosos se encuentran mucho más condicionados por las estructuras demo-económicas que por los números absolutos de población y, por tanto, esa actuación debe dirigirse hacia los problemas de equilibrio entre población y recursos. Para nuestro autor estos planes son precisamente los que nunca han sido tomados en consideración, ni recibieron algún tipo de apoyo y, según su punto de vista, serían los que probablemente tendrían una mayor oportunidad de éxito.

Por último, los planes de “desarme” tratan de actuar bien sobre las armas, para disminuir la capacidad de ejercer la violencia, o bien sobre la misma existencia de los ejércitos, causantes, según los defensores de esta teoría, de la existencia de las guerras. Las soluciones tales como: los planes de desarme cuantitativos, la limitación de efectivos, o la creación de ejércitos supranacionales, pueden ser soluciones atractivas, pero no definitivas. El escritor francés también discrepa de estos planes al consi-derar que la violencia terminará manifestándose por otros cauces quizás más sangrientos.

Como vemos, los distintos planes de paz que se han ido proponiendo a lo largo de la historia, tienen una repercusión dispar en las consideraciones del polemólogo francés. Pero ¿qué es entonces lo que nos propone? ¿Es qué acaso no hay solución alguna? En primer lugar es interesante reseñar una idea general sobre esas propuestas:

No se puede pensar solamente en que la guerra se pueda suprimir, sino en reemplazarla de tal modo que la función continúe cumpliéndose, pero de una manera menos penosa o menos dolorosa.

Si volvemos a las ideas del escritor francés, debemos recordar que, según sus teorías, es en el nivel de las estructuras donde se engendra la agresividad colectiva, *el miedo, la angustia y la desesperación*. Ese sentimiento colectivo es el resultado de muchos siglos de historia y, por ello, las actuaciones para corregir, en sentido contrario, las tendencias estructurales y las mentalidades colectivas lo serán, consecuentemente, a largo plazo. No obstante, y si tenemos en cuenta la aceleración y la compresión de eventos históricos que se suceden en los últimos siglos, también podríamos esperar una reducción y compresión de esos plazos.

La actuación en el medio plazo se encontraría dirigida al nivel de las coyunturas, donde las políticas de los Estados actúan de forma independiente y sin armonizar su actividad con la de los vecinos, por lo que consideradas en su conjunto, y si no se adoptan medidas para evitarlo, siempre se pueden dar las circunstancias —*encuentro de series independientes*— que favorezcan la impulsión belígena.

La actuación a corto plazo, en tiempo de crisis, irá dirigida a determinar los posibles tipos de querrela o reclamación para, conocidas éstas, tratar de poner los medios y los impedimentos que *conjuren, desvíen, o retarden la guerra*. Con todo lo indicado Gaston Bouthoul nos propone lo siguiente:

Hay que ver bien las estructuras sobre las que nace esa violencia y actuar sobre ellas, para que engendren la paz y no la guerra. También es necesario, y esto es de la mayor importancia, encontrar los sustitutos no violentos capaces de cumplir la misma función que la violencia.

Las cinco funciones que, en el ámbito de la causalidad profunda, cumplen las guerras: la lúdica, la de especulación de ganancias, el derrocamiento o consolidación de un poder interno o internacional, la sustitución de estructuras, y la destrucción demo-económica, deben ser reemplazadas o

saciadas, para que la sociedad pueda *seguir expresándose, transformándose* y en definitiva *asegurando todas las funciones* bélicas. Si esas funciones no son satisfechas, podríamos encontrarnos con una sociedad en una situación de bloqueo que es el equivalente a una sociedad sentenciada.

La sociedad dispone de otros mecanismos distintos a las guerras para evolucionar y, sin duda, puede transformarse siguiendo pautas menos dramáticas que la mutación bélica, satisfaciendo, de esta manera, a las funciones indicadas. Según nuestro autor, desde 1945, en el mundo se han producido cambios muy importantes: la *globalización*, la *mundialización*, o el *riesgo nuclear*, que coadyuvan a la consecución de ese objetivo. Concretamente el hecho nuclear hace inviable la función lúdica y la de especulación, y demencial, la función demo-económica. Sencillamente, los nuevos riesgos en un tercer conflicto mundial resultarían inaceptables.

¿Cuáles serían entonces esas nuevas funciones? El escritor francés analiza los fenómenos que con la guerra aplacaban cada una de las cinco funciones relacionadas. En nuestros días alguno de esos fenómenos continúan teniendo vigencia pero otros pueden ser sustituidos o mejorados. Veamos cuáles son sus propuestas:

- Función de *destrucción demo-económica*. Frente a los antiguos fenómenos de las guerras y revoluciones, el hambre, las epidemias, el monacato, determinados tipos de controles demográficos, etc y, reconociendo que algunos de ellos continúan aportando una importante función demo-económica, nuestro autor propone a cambio nuevas orientaciones: la educación; la regulación de los nacimientos; el desarrollo armónico de los recursos; la promoción de los intercambios mutuos e igualitarios; la creación de *nuevas motivaciones* orientadas hacia la paz; el desarrollo económico y social; y el mejor conocimiento de los otros.
- Función de *especulación de ganancia*. Sólo puede garantizarse mediante el fenómeno bélico en sus distintas formas: guerra nuclear, mundial, local y limitada. De las anteriores, nuestro autor considera que, en nuestros días, las dos primeras —la guerra nuclear y la mundial— han dejado de cumplir misión alguna. Como nuevas motivaciones que sacien esta función cita las siguientes: reducción del hastío; educación; transposición de la agresividad colectiva por intercambios y negociaciones; practica de la teoría de los juegos; prevención, tratamiento y domino de las crisis; desarrollo de intercambios; y mejor conocimiento de los otros.

- Función *lúdica*. Se garantizaba mediante las guerras y revoluciones, fundamentalmente en los conflictos feudales y en las campañas coloniales. Para el escritor francés no existe probabilidad de que las guerras de nuestros tiempos puedan cumplir esa función. Como posible sustituciones propone: el descubrimiento y la creación de espacios libres; desarrollo de todo tipo de competiciones pacíficas, ya sean deportivas o de otro tipo; la conquista pacífica del espacio; la cooperación internacional en grandes proyectos; o la búsqueda de nuevas motivaciones.
- Función de *sustitución de estructuras y función de derrocamiento o consolidación de poderes internos o de potencias internacionales*. Ambas funciones podían ser satisfechas mediante las guerras y las revoluciones, y mediante políticas de carácter interno e internacional. Aunque los dos fenómenos anteriores siguen siendo de aplicación, el pensador francés propone, entre otras, las siguientes ideas para asegurar el cumplimiento de la función: reforma de las estructuras; prevención y dominio de las crisis; o políticas adecuadas tanto internas como de carácter internacional.